

«crueldad. Un vecino tendía un lazo á su vecino: si podía conducirlo á un lugar apartado y sorprenderlo indefenso, le hundía, sonriendo, un puñal de nácar en el corazón. Llegada la noche iba al valle y se lo comía con horrible gozo. La carne de los niños era la más codiciada por los canibales. ¡Qué de veces han exclamado nuestros jóvenes cristianos, con la expresión del más vivo reconocimiento: Cuán desventurados éramos antes de vuestra llegada! Temblábamos de continuo de miedo de ser cogidos por los mayores; hoy no temblamos ya; nadie piensa en nosotros sino para amarnos¹.»

¿Buscaríais el tan tierno como sagrado sentimiento de la piedad filial? Buscaríais en vano. ¿Ni cómo existir en una sociedad doméstica en que los deberes de los padres eran desconocidos hasta el punto que acabamos de ver? Así no debe admirar la conducta de los hijos hacia sus padres enfermos ó ancianos.

Hablando de este asunto, uno de los apóstoles de la conversión se expresa en estos términos: «El padre ó la madre atacado de una enfermedad interna, se tiende desesperado en el suelo, y hace consultar un sacerdote *maori*, para saber si puede curar. El sacerdote se coloca frente una máquina compuesta de pequeñas piezas de madera, y observa con atención los movimientos que el viento le imprime. Si el augurio es desfavorable, declara que el enfermo morirá. Entonces se le rehusa todo alimento; *su misma familia le abandona*. Se le deja presa del dios que se cree le roe las entrañas. El pronóstico nunca deja de cumplirse, porque si el paciente no muere de la enfermedad, muere de hambre².»

En la Nueva-Zelandia hay la misma costumbre. Ese pueblo, cuyas costumbres se han suavizado mucho, no ha abandonado aun todas sus preocupaciones de otro tiempo. Así parecen creer que un enfermo no puede curar. Después de haberle arreglado regularmente la cama, sus *padres* se retiran y le abandonan, bajo pretexto de que *su dios se lo come*. Este modo de expresarse es tan familiar á los habitantes de la Oceania, que se les oye decir: Tal persona ha muerto en la guerra, tal otra *ha sido comida por los dioses*, esto es, ha muerto de enfermedad³.

¹ *Anales de la Propagación de la Fe*, n. 84, pág. 339.

² *Ibid.* n. 86, pág. 20.

³ *Ibid.* n. 82, pág. 210.

Segun las noticias adquiridas de los mismos indígenas, el número de habitantes de las dos islas de Futuna y Arofi era, no ha mucho, de *cuatro mil*: hoy no pasa de *ochocientos*: tan notable disminución débese en gran parte á esas espantosas costumbres.

Habrán veinte años lo más, que el furor de comer carne humana llegó á tal punto, que no bastando las guerras para dar abasto á sus horribles festines, se dedicaron á la caza de hombres en su propia tribu: niños, mujeres, jóvenes, ancianos, amigos ó enemigos, todos eran muertos sin distinción. Vióse degollar á los miembros de su propia familia. Uno de los poderosos de la isla hizo cocer á su propia madre para comerla con sus amigos. Madres ha habido que han hecho asar sus hijos para comérselos. ¡Qué de veces he tocado la mano á desventurados que han hecho cocer á sus ancianos padres para comérselos con sus amigos! Cuando alguno de ellos me presenta algo, se me figura ver sus manos tintas en sangre, ¡en la sangre de su madre!

Solo al rey, en su cualidad de dios, se le servían los cuerpos enteros; para los otros se hacían pedazos. Se han contado catorce víctimas á la vez sobre la mesa del príncipe; y él exclamaba: *¡ánimo, ánimo, arrancad la mala yerba!* Con frecuencia se servían también hombres vivos, además de los cuerpos asados; se les ataba de piés y manos, se les tendía sobre grandes artesas para no perder la sangre, después se les cortaban las piernas, y en último lugar la cabeza; ó mejor, se les aserraba con un bambú roto, que corta poco más ó menos como un cuchillo de madera. Uno de los que nos referían esto con la mayor indiferencia, solo había muerto seis. *Es poco*, añadía él. Se me ha enseñado un anciano, que ha sido el solo que ha escapado á esa horrible cacería en una aldea de trescientas almas⁴.

CAPÍTULO V.

Regeneración de la Familia en la Australia y la Oceania.

Tales eran diez años atrás los habitantes de los numerosos archipiélagos de la Australia y la Oceania. ¿Es preciso decir que el embrutecimiento no podía ser mayor; que era desconocida toda

⁴ *Anales de la Propagación de la Fe*, n. 86, pág. 39, 41, 42.

especie de sociedad doméstica, algo digna de este nombre; en una palabra, que el hombre habitualmente al nivel de las fieras en sus instintos, rara vez se elevaba sobre ellas, y con frecuencia las era inferior?

Si prosiguiendo ahora su viaje, el navegante de que hemos hablado visitase esas mismas comarcas, evangelizadas de ayer por nuestros apóstoles, y rociadas solo con las primeras gotas de su sangre, ¡qué nuevo espectáculo se ofrecería á sus asombrados ojos! Derribados los templos de los ídolos; echados á las llamas los dioses bárbaros y crueles; sustituidos por costumbres dulces y virtudes puras el antropofagismo, la disolucion, el robo, el egoismo, y todos los crímenes que forman el cortejo de la idolatría. El trabajo, el bienestar, la salud, reemplazando á la pereza, la miseria, y enfermedades espantosas; cánticos santos sustituyendo á los gritos de muerte; en una palabra, salvajes, y salvajes en toda la horrible realidad de esta palabra, llegados en pocos años, por los solos esfuerzos de algunos misioneros, á la perfeccion social; practicando con una sencillez digna de los bellos dias de la Iglesia la ley sublime de las naciones, la ley de la caridad universal; no formando mas que un corazon y una alma, y dando á los pueblos de Europa ejemplos de piedad, de dulzura, de desinterés y de pureza, capaces de hacernos temblar y ruborizarnos á la vez.

Por brillante y maravilloso que sea, este cuadro no es lisonjero. Escuchad la cándida relacion de los hombres admirables á quienes se debe, y que lo están presenciando desde algunos años.

«¡Cuán grato nos es, escribe el primer misionero llegado á las islas de Gambier, ver esas pobres gentes, salvajes no há mucho, antropófagas é idólatras, reunidas hoy dócilmente en el templo del verdadero Dios, tomar agua bendita, hacer la señal de la cruz, y dirigirse modestamente á su puesto, saludar la imágen del Crucificado, arrodillarse, orar, y oír con devocion la santa misa!... ¡Qué placer es ver á nuestros neófitos retener palabra por palabra la explicacion que oyen de las verdades santas! Por la mañana y la tarde les oimos recitar las oraciones en familia. Durante el dia todos los puntos habitados resuenan con el Cántico de los cánticos que ha reemplazado los cantos profanos. Recitan de nuevo sus oraciones, para enseñarlas á los que no las

«saben bien aun, y se comunican recíprocamente lo que han oído de nuestros labios. No comen una fruta, no beben una gota de agua, sin hacer antes la señal de la cruz.

«Antes de su conversion, esos pueblos reñian con frecuencia por el menor motivo. He visto encolerizarse una mujer, porque una de sus vecinas habia cortado por necesidad *una sola* fruta de un pino suyo. Hoy la caridad y el desinterés han sustituido á la codicia y al egoismo.»

«El 5 de julio, prosigue el misionero, oímos hablar con bastante calor á los insulares cerca de nuestra habitacion. Ignorábamos el motivo de esa reunion, cuando se presentó á nuestra puerta una diputacion: «¡Tavara! me gritaron, ven: el pueblo te aguarda en esas piedras.» Creí que se trataba de calmar alguna disputa. Llevaba una servilleta en la mano, porque en aquel momento tomábamos nuestra frugal comida. Cuando el jefe me vió: «Hé aquí esto, me dijo, todo ello es para vosotros, para los misioneros: mis gentes os llevarán otras viandas. Ven tú, ahora, á repartir la tierra de mi pueblo: no están acordes entre sí: cada cual quiere señalar los límites á su manera; de aquí disputas sin fin; ven tú á fijarlos: quiero que estén por lo que decidais. «El jefe marchó delante, y yo le seguí con un cuchillo en la mano para señalar en la corteza de los árboles los límites de cada propiedad. Todos recibieron lo que se les señaló, sin hacer reclamacion alguna, y la paz reinó en la tribu¹.»

Con fecha posterior se ha tributado el mismo testimonio á los nuevos cristianos. «Regocijémonos, mi querido compañero, escribe el P. Liansu; la Religion *hace hombres aquí*.» Y en efecto, se ha realizado un doble milagro: antes de convertir al Cristianismo esas piedras brutas, ha sido preciso hacerlas hombres. «¡Qué admirable cambio! En otro tiempo, mas feroces esos insulares que los animales salvajes, siempre estaban en guerra... Hoy, humanos, dulces, compasivos, caritativos, solo obedecen la voz de la Religion; viven como las mas fervorosas y regulares comunidades de Europa; lo que digo no es exagerado².»

El testimonio de un ilustre viajero viene á confirmar el del misionero. Cuando el infortunado Dumont Durville visitó esas islas,

¹ Carta del P. Laval, *Anales de la Propagacion de la Fe*, n. 56, p. 168-173.

² *Anales de la Propagacion de la Fe*, n. 68, pág. 89.

nuestros oficiales dejaban caer de intento algunos objetos muy codiciados por estos insulares; y sin embargo lejos de guardárselos, los devolvían fielmente. Los misioneros decían: *Esto es bueno, esto es malo.*—¿Quién nos lo hubiese dicho, contestaban los neófitos? Adquiríase al punto una virtud, destruíase un vicio, y la conciencia se despertaba á la palabra divina. «Nada más curioso, dice Mr. Dumont Durville, que esos cristianos semidesnudos, que navegan en piraguas, y blanden sus armas de espina de pescado. «Bajo ese aspecto encubren una docilidad perfecta, y jamás se les ha visto rebeldes á la voz de sus pastores¹.»

¿Cómo leer sin enternecimiento las siguientes palabras de un misionero, describiendo la inocencia de sus amados neófitos? «Un domingo vimos llegar á los salvajes por la mañana, trayendo consigo víveres para el día: querían pasarlo entero con nosotros. «En la comida se repartieron sus cortas provisiones con la mayor cordialidad. Presenciamos ese festín con gran placer; y lo que nos sorprenderá, es que jamás les habíamos encargado nada de parecido. Aquello fue espontáneo; y les sugirió la idea una instrucción sobre la comunión de los santos. Esas especies de festividades están ahora en uso entre ellos, y los llaman *comuniones*. ¿No debe regocijarse el pobre corazón de un misionero, á cuyos ojos se realizan esas inocentes fiestas con toda la sencillez de la primitiva Iglesia²?»

No basta conocer esos milagros para apreciar los beneficios de que ese nuevo mundo es deudor al Cristianismo. Parecida á una reina augusta, la Religión marcha acompañada siempre de numerosa corte; á su paso crecen la civilización material, la prosperidad, el bienestar y la salud. Y es cierto hoy como lo era en otro tiempo, que el Evangelio, cuyo exclusivo objeto parece ser la felicidad del hombre en la otra vida, es sin embargo el medio más eficaz de hacerle venturoso en esta.

«La luz de la fe, dice uno de esos misioneros, ha desvanecido en un momento las tinieblas de la superstición, y hace entrar á ese pueblo, con una facilidad que no esperábamos, en la senda de la verdadera civilización, que solo le es dado practicar al Cristianismo.

¹ Expedición del Astrolabio.

² *Anales de la Propagación de la Fe*, n. 56, pág. 176.

«Se ha verificado un gran cambio en su género de vida. Antes de su conversión, acostumbraban levantarse á las tres de la mañana, se desayunaban, y se paseaban hasta las once del día, dormían después la siesta hasta las cuatro y se levantaban luego para comer. En seguida pasaban el tiempo hasta media noche, si salía la luna, corriendo, y conversando con los que encontraban. «Si no era noche de luna, dormían de nuevo después de comer, hasta la salida de la luna: era una vida puramente animal.

«Hoy reconoceréis en ellos á cristianos: se levantan con la aurora, recitan sus oraciones, y toman su *poipoi*. Luego después asisten á la misa y á la instrucción, y van en seguida al trabajo... La mujer, ayudada de sus hijos, fabrica la *tuppe*; el marido cultiva los campos ó trabaja su *tioho*; ó se reúnen para arrancar la yerba que nace junto á los árboles del pan¹.»

¡Qué de penas han sufrido los misioneros para llegar á ese feliz resultado! No bastan consejos para inspirar á los salvajes gusto al trabajo; ha sido preciso que los apóstoles diesen el ejemplo. «Al principio, dice uno de esos admirables hombres, nos miraban trabajar, con los brazos cruzados. Únicamente manifestaban gran sorpresa viéndonos proseguir nuestro trabajo sin fatigarnos. Poco á poco principiaron ellos mismos á tomar parte en el trabajo. Nos dejaban voluntariamente hacer cuantas experiencias fuesen necesarias para el cultivo de las plantas extranjeras; ante todo quieren ver los resultados. Debemos recordar que un misionero debe seguir el ejemplo de los Jesuitas del Paraguay y tomar parte en todo si quiere conseguir algún resultado. Así, con la esperanza de ser útiles á ese pobre pueblo, hacíamos ensayos que jamás hubiera hecho por sí propio, y cultivamos en un cercano próximo á nuestra casa el lino, la patata, etc., etc.²» Gracias al Autor de todo lo creado, advertimos con placer que nuestros cristianos comprenden mejor de día en día las ventajas del trabajo. Los hombres cultivan la tierra y construyen casas cómodas y sólidas, iguales á la que hemos construido para nuestro uso junto á la iglesia nueva. Hay ya veinte y una en la sola isla de *Akamaru*. Las mujeres, después de los cuidados de la casa, se ocupan en otras faenas, y algunas de ellas hilan habitualmente el

¹ *Anales de la Propagación de la Fe*, n. 56, pág. 192.

² *Ibid.* n. 66, pág. 193.

algodon. Estas últimas forman hoy ocho talleres de treinta personas cada uno; recientemente han producido en el espacio de diez semanas, ochocientas cincuenta libras de hilo.

«Pero el trabajo principal, es la construccion de una iglesia en «*Mangareva*. Juzgaréis vos mismo, mi reverendo Padre, del celo «y ardor de este buen pueblo por las fatigas que este edificio le «cuesta.»

Como en la isla no hay piedras, la mayor parte de los padres de familia están ocupados desde mucho tiempo en explotar islotes de rocas, y traen despues los materiales en enormes aparejos. Y notad que para ir y venir se ven precisados á aguardar que sople viento favorable. Una vez las piedras en la playa, son llevadas á fuerza de brazos al punto en que se hallan los obreros. Diez indígenas dirigidos por el hermano Fabian cortan y trabajan esos pedazos de granito, mientras que otros levantan las paredes. Los jóvenes están repartidos en varios trabajos, de manera que una tribu releva á otra de ocho en ocho dias. Unos elaboran la cal, otros traen de media legua de distancia la arena necesaria, etc. Las mujeres mismas suspenden de vez en cuando sus ocupaciones habituales para ir al monte á buscar la leña destinada para el horno de la cal.

El año pasado, el rey hizo un llamamiento á la generosidad de todo su pueblo. Faltaba madera, y estas islas apenas producen mas que el árbol del pan, vegetal precioso que sirve para la subsistencia de gran parte de la poblacion. Sin embargo, no hubo persona que no se mostrase dispuesta á dar mas de lo que se le pedia. Si decíamos á este: «tu tierra es demasiado pequeña;» á aquel: «tu árbol es demasiado bello, no lo queremos.» — ¿Qué importa contestaban? cortad cuanto querais, sirve para el buen Dios. ¿No es él quien nos lo ha dado? ¿no es él quien nos dará otros?

No podeis formaros idea del ardor con que nuestros insulares trabajan en la construccion de ese edificio: no creo que hubiese sacrificio alguno capaz de entibiarlos. «Quiero mucho á esa iglesia, me decia hace poco uno de los primeros jefes; la quiero con «todas mis entrañas.» Y no son estas vanas palabras. El Rey y los jefes mantienen á sus costas á los trabajadores; los pescadores están obligados tambien á dar todos los dias pescado á los obreros,

mientras estén ocupados en lo que llaman el *trabajo del Señor*. Por lo demás la construccion avanza rápidamente; las paredes están ya bastante altas, y todos los materiales están reunidos. A pesar del celo que nuestros cristianos despliegan por la casa de Dios, han cultivado sus tierras y desmontado otras en que jamás habia corrido el sudor del hombre ¹.

Esta narracion no presenta solo el admirable cambio verificado en el salvaje indolente, sino tambien el genio del Catolicismo, que se muestra el mismo en todos los tiempos y en todos los climas. Los jóvenes cristianos de la Oceania recuerdan esas poblaciones, esas corporaciones, esos oficios, esas ciudades de la antigua Europa rivalizando en celo por construir nuestras magnificas iglesias, gloria eterna de la Religion que dió el plan, y de la caridad que lo ejecutó.

Á esta primera transformacion, que cambia el hombre material, únese otra que convierte esos felices neófitos en hombres inteligentes y virtuosos.

Esta es mil veces mas necesaria que la primera; porque un pueblo no vive solo del trabajo, de la pureza del aire y de la abundancia de los frutos, vive sobre todo de virtudes; y estas faltaban á los idólatras. Así, los vicios inherentes al estado salvaje, la pereza, el desarreglo de costumbres, y sobre todo el contacto con ciertos extranjeros ², habian de tal modo alterado la salud de esos pueblos, que los niños apenas nacian que morian; la poblacion, devorada por enfermedades horribles, disminuía, y los misioneros creyeron ver en *Mangareva* morir el pueblo entero en el primer año. Pero se deja oír una palabra fecunda, y las costumbres se reforman, y el trabajo recobra su imperio. Despues de seis años de esfuerzos, los misioneros han visto sobrepajar el número de nacimientos al de la mortalidad. Así la ley de Dios ha mostrado á esos pueblos que es útil para todo; que protege y embellece la

¹ *Anales de la Propagacion de la Fe*, n. 82, pág. 216.

² «Han venido á afligirles enfermedades comunicadas por extranjeros. Ellos «lo han notado, y saben bien que se manifestaron en la poblacion cuando *Hota* «y *Mape*, dos metodistas, vinieron aquí á la pesca del nácar con cuatro embarcaciones y cuarenta remeros de la isla de Rapa, donde fueron esos señores á «distribuir biblias, pero donde no sembraron virtudes.» (*Anal.* n. 86, p. 193).

morada terrestre, no contenta con presentar á los hombres la perspectiva del cielo.

Hemos oido estos detalles al venerable Obispo de Guitópolis, apóstol tambien en esos afortunados archipiélagos. Comprendemos ahora la verdad de lo que nos decia en Roma: «No creo, decia con efusion, que haya en el mundo un lugar donde sea mas «grato habitar.»

Citemos aun otros hechos. Una tribu deliberaba sobre la guerra: la indignacion se pintaba en todos los semblantes; el jefe arengaba al pueblo, y solo le dirigia palabras de sangre; ibase acaso á llevar el exterminio á la tribu enemiga. Entonces se acercó á un misionero uno de los principales guerreros y le dijo al oido: «Verdadero misionero, nosotros somos malos; habla, habla en favor de «la paz.» Habló en efecto el misionero, y siguió á su discurso una completa reconciliacion. Esta tribu no era aun del todo cristiana¹.

En una persecucion cruel promovida en 1831 por los herejes, una jóven llamada Alodia se mostró digna de los primeros cristianos por lo ferviente de su fe. Amamantaba un hijo que habia dado á luz poco tiempo despues de haber sido condenada á trabajos públicos. Ella y sus compañeras de cautiverio sufrían mucha hambre; transcurrieron tres dias sin que fuese posible hacerles pasar alimento alguno. Un cristiano que trabajaba en el fuerte las visitaba algunas veces, pero siempre en presencia de la guardia; pudo sin embargo enviarles un dia secretamente un *taro*. Era el maná del desierto. Se dejó el *taro* para la pobre Alodia, que lo necesitaba mas, á causa de su hijo. Mas tarde se llevaron víveres á nuestras cristianas que los ocultaban con gran trabajo y los comian á hurtadillas. Á consecuencia de tan malos tratamientos, Alodia contrajo una enfermedad, que no estorbó que se la llevase con las otras á desempeñar penosas tareas. Fué allá, bien que postrada por la fatiga y por la necesidad. Los perseguidores no le dieron por esto menos trabajo que á las otras; pero sus compañeras que conocían bien la imposibilidad en que se hallaba de desempeñarlo, se lo dividieron entre sí. Cuando era preciso pasar de un lugar á otro, llevaban á Alodia sobre sus espaldas. En cuanto estuvo terminado su trabajo, se volvió á las cristianas á la cárcel;

¹ *Anales de la Propagacion de la Fe*, n. 74, pág. 37.

ellas siguieron llevando á Alodia que no podia tenerse en pié. Sabiendo algunos de nuestros neófitos por donde tenían que pasar, fueron á su encuentro y cargaron con su peso. Cuando llegaron al fuerte, Alodia bajó con mucha dificultad, y vieron que se estaba muriendo. Se me advirtió de ello por la noche, y me trasladé al punto á la cárcel: en cuanto hube entrado en ella se me dejó solo. La confesé; y habiendo llamado despues á los cristianos, la di la Extremauncion. Algunos dias despues Dios recibió el alma de la buena Alodia. Una cristiana se encargó de su hijo¹.

Las almas fuertes, las almas puras, parecen nacer como por encanto en esa tierra de bendicion.

Ha muerto hace poco, dice uno de nuestros misioneros, una jóven de quince años llamada Mariquita. Es la primera jóven cristiana que ha muerto de entre mis convertidos. Su bella muerte ha producido una impresion que no se borrará en mucho tiempo. Mariquita habia recibido la santa Comunion el dia de Todos los Santos, y al siguiente habia acompañado la procesion al cementerio. Por la tarde cayó enferma. Dos dias despues vinieron de su parte á buscarme con urgencia para que la administrase los últimos Sacramentos: no juzgué sin embargo que fuese necesario aun darle el santo Viático. Al dia siguiente, aunque la enfermedad no habia hecho progresos, hallé á Mariquita en un estado indefinible que me sorprendió, y me quedé junto á ella mas tiempo del acostumbrado. Despues de haberla exhortado á la resignacion y á la paciencia, la pregunté si temia la muerte. «No, me contestó, «no la temo.» Y se puso á orar en seguida con tanto fervor que sus palabras no han podido borrarse de mi memoria: «¡Jesucristo, tened piedad de mí, decia ella, y dadme vuestra gracia! «Jesucristo, que sois mi consuelo en el santo sacrificio de la misa, os he recibido en la santa Comunion celebrada en el dia de «la fiesta; ¡ah! perdonadme, mi Comunion ha sido pura, no soy «mala, ¡no seais tampoco Vos severo conmigo! ¡Santa María, «amparadme! ¡Mi buen Ángel, rogad por mi alma que os está «confiada!» Advertí entonces que sufría mucho, y la dejé en brazos de sus compañeras, no creyendo que fuese ocasion aun de administrarla el santo Viático.

¹ *Anales de la Propagacion de la Fe*, n. 60, pág. 510.

Volví por la tarde. Estaba tan alegre, que no creí tener que presenciar sus últimos momentos. Acababa de tomar una taza de té, cuando de repente, y sin agonía, espiró dulcemente como una persona que se duerme. Murió con tal prontitud, que me fue imposible administrarla. Me consolé con facilidad, por el conocimiento que tenía de sus excelentes disposiciones. Por otra parte, hacia pocos días que había recibido la Comunión, y se había confesado tres veces durante la enfermedad. Su piadosa madre me decía llorando: «No quiero echar de menos á mi hija, porque sé «que está en el cielo.» Sus compañeras admiraban una muerte tan edificante y no cesaban de elogiarla. Cinco ó seis de ellas permanecieron constantemente junto á su lecho, reemplazándolas sucesivamente otro número igual. Haciendo notar á la enferma la tierna asiduidad de esas jóvenes, añadí: «Pero ¿quién compensará «su caridad? — Dios, me contestó.» Toda la población la acompañó en procesion, y no se habla de ella sino suponiéndola en el cielo ¹.

Uno de los misioneros había encargado á quince jóvenes piadosas y laboriosas desecar un pedazo de tierra invadido por las aguas. Propusieron construir una cabaña en que pudiesen estar al abrigo de la lluvia: se las permitió, no creyendo satisfacer mas que un deseo pueril; despues cobraron tal afecto á esa vida en comun, que pronto levantaron otra cabaña junto á la iglesia. Una vez establecidas en esta, no han querido abandonarla: su número se ha aumentado hasta ochenta y cuatro, y seria mucho mayor si quisiésemos atender todas las demandas. Han plantado algodón y patatas dulces: el algodón no les ha dado grandes provechos, porque no tienen el talento ni los medios para cultivarlo bien; pero se alimentan con patatas, y cuando pasan embarcaciones cambian sus productos en telas para vestidos.

Se han establecido en el resto de las islas dos reuniones del mismo género; pero solo se consideran como modelos las primeras que dieron el ejemplo. Estoy convencido de que se hallarán en la mayor parte de estas jóvenes personas bastante obedientes y piadosas para hacer de ellas excelentes novicias. Ejecutan trabajos que nos admiran. Uno de esos días he amenazado al *Padre fundador*, como

¹ *Anales de la Propagacion de la Fe*, n. 82, pág. 218.

la llamamos en broma, con abolir su convento, si no moderaba el ardor y actividad de su celo. Se dan entre sí el nombre de Hermanas, y nada hacen sin pedir permiso á la que han elegido por Superiora. Esta merece seguramente dirigir las otras, y no sé si se halla en nuestras comunidades de Europa una Superiora tan grave y tan modesta. Cuando habla de Dios, quedamos asombrados al oirla cosas que nadie le ha enseñado ¹.

Esta semilla se ha desarrollado rápidamente. Esas *religiosas* de nuevo orden son hoy cincuenta y tres en una sola comunidad. Hace cerca de cinco años que viven así de la manera mas edificante. Prestan ya grandes servicios á la mision. Tienen cinco escuelas en la grande isla; educan diez pensionistas en su retiro, y entre ellas todas las jóvenes de la familia Real. Su mas ardiente deseo es el de tener religiosas para recibir sus instrucciones y vivir como ellas hasta la muerte ².

Volviendo ahora al navegante de que hemos hablado al principio, ¿qué diria á la vista de esa súbita resurreccion de un pueblo entero? ¿qué diria sobre todo viendo por instrumentos de ese milagro algunos pobres misioneros católicos armados solo de una cruz de madera? ¿Exclamaria acaso como ciertos hombres: El Cristianismo es muerto; su palabra es fria y sin imperio; ó lleno de admiracion, diria mas bien con esa conviccion profunda que os subyuga á la vista de un milagro: El Cristianismo es siempre el rey inmortal de los siglos; sus obras son sobrenaturales, es pues divino? Y un sentimiento de piedad por todos esos profetas de muerte que anuncian la agonía del Catolicismo, ¿seria su sola respuesta á todas sus insultantes palabras? En cuanto á sus dudas, no se tomara la pena de discutir las, y se contentaria con decirles: *Si no lo creéis, id á verlo* ³.

¹ Carta del obispo de Nilópolis. *Anales de la Propagacion de la Fe*, n. 68, pág. 60.

² *Anales de la Propagacion de la Fe*, n. 84, pág. 349.

³ Esta es la sublime respuesta que el divino Fundador del Cristianismo dió á los discípulos de Juan Bautista cuando le preguntaban si era el Mesías. Esta es tambien la sola contestacion que ha dado y dará el Cristianismo á los que le preguntan si es verdaderamente obra de Dios. «Euntes renuntiate Joannē «quae audistis et vidistis: Caeci vident, claudi ambulat, leprosi mundantur, «surdi audiunt, mortui resurgunt, pauperes evangelizantur, et beatus est qui «non fuerit scandalizatus in me.» (*Matth.* XI, 4, 5, 6).